Viendo á Strehley alejarse llevándose el haz, Rabasson redobló sus injurias. Dos leñadores, atraídos por sus clamores, asomaron en la linde del bosque precisamente á punto de hacerse tomar por el guarda como testigos de los ultrajes y de las amenazas del cazar furtivo. Este, siempre sobre el ribazo, perseguía á su enemigo con sus gritos.

Al fin dejó de verlo. Los leñadores, volvieron á su trabajo. Se quedó solo. Entonces desapareció de un golpe toda su cólera. Se quedó muy tranquilo, y una risa silenciosa plegó sus labios. Avanzó sobre las piedras que obstruían la corriente, cruzó el río, y entrando en un tallar que Strehley había costeado al irse, murmuró.

—¡El idiota! Si hubiera mirado siquiera alrededor suyo, me habría cogido algo mejor que mis cangrejos...

En una extensión de doscientos metros, á la salida del bosque, hacia la llanura, Rabasson había puesto la víspera una batería de treinta lazos. Cuando le sorprendió el guarda andaba visitándolos. El golpe de los cangrejos no era más que un entremés. El plato fuerte estaba en los cepos.

He aquí por qué, sin motivo, había aturdido á Strehley con sus gritos. En un instante retiró de los lazos dos liebres y seis conejos, que desaparecieron en las profundidades de su ancha blusa. Volvió á colocar sus aparatos, arregló los que se habían trastornado, y, pasando otra vez á la orilla opuesta, se dirigió por dentro del bosque hacia Précigny.

X

Después de la comida, dejando á sus huéspedes en la sala de billar ocupados en jugar una partida, Selim se fué á su despacho para examinar un voluminoso correo que un hombre de confianza traía de París, todas las noches, en un saco de tafilete, y se volvía á llevar, leído y anotado, por el tren de las once. Fumaba á grandes chupadas cigarrillos de tabaco de Oriente, mientras leía sus cartas de negocios, y con mano rápida, con una precisión que atestiguaba admirable claridad de espíritu, ponía al margen, con lápiz, una frase que debía servir de sustancia á la respuesta de sus oficinas.

Hacía una hora que abría sobres, recorría notas, cuando entró un criado llevando en una bandeja un pedazo de papel, en el que se leía en letras muy gordas: «Al señor conde Nuño en su castillo».

Selim miró de reojo al ayuda de cámara. No le gustaba que lo distrajeran durante su trabajo, no más que durante sus placeres. No tenía más que hasta las diez y media para terminar su tarea, lo que no era mucho. Y dijo con voz ruda:

—¿Qué hay?

—Señor conde, acaban de traer esta carta que dice: «Urgente.»

—Algún mendigo... ¿Cómo entra usted aquí para tan poca cosa? Déjela ahí, y váyase.

El criado puso la carta en la esquina de la mesa, y se retiró.

Nuño continuó su lectura; pero, á pesar suyo aquella hoja de papel suciamente plegada, cerrada con una innoble oblea y que transpiraba la afrenta le preocupaba, le impacientaba, lo atraía.

Dejó una correspondencia de Inglaterra de gran interés, para coger aquel repugnante billete que lo fascinaba.

Lo abrió bruscamente, y leyó estas pocas líneas, que le dieron escalofríos:

«Señor conde:

Mientras que el señor hestá en sus hasuntos, lo engañan. La señora D..., en la que el señor tiene Toda qonfianca, se pasea por el vosqe y se dibierte con un hamigo del señor.

Si el señor qiere saber á qe hatenerse, no tendrá más que bijilar algunas oras el pabeyon de Caza de la horiya del rio.

Ayi berá de lo qe son capaces las personas qe le meresen qonfianca.

X.»

Aquella carta infame, aquella odiosa denuncia, aquella nauseabunda ortografía, le removieron el corazón á Nuño: estuvo á punto de desgarrar el papel y de tirarlo; después lo volvió á leer. En su espíritu estableciase una correlación flagrante entre

las insinuaciones de su guarda mayor, cuando lo despidió, y la acusación anónima que le manchaba las manos y el pensamiento

Esto era la repetición de aquello. No había creído en la advertencia verbal, y volvían á la carga por escrito. En su cerebro zumbó una sorda cólera. ¡Si fuera Strehley el culpable!... Quiso asegurarse, y tocando un timbre con mano temblorosa gritó:

—¡Llame usted á Strehley!

Comenzó á dar paseos por el despacho, la sangre le afluía á la cabeza, animándose á cada momento y alimentando una de aquellas cóleras de gañán á que se dejaba arrastrar algunas veces, y en las que reaparecía la bajeza de su origen en la brutalidad de los gestos y la grosería de las palabras. Tuvo sin embargo bastante dominio sobre sí mismo para decirse: «¿Y el correo?»

Miró el reloj, vió que no podía disponer más que de una hora antes de la partida de su hombre de confianza, y, dominando su agitación, volvió á sentarse, y siguió leyendo y anotando las cartas. El guarda no debía haberse apresurado á venir, porque daban las once cuando el ayuda de cámara reapareció diciendo:

—Strehley está á las órdenes del señor conde.

Nuño colocó las cartas en el saco, lo cerró, y alargándolo al criado, dijo:

—Dé usted el correo á Samuel, y haga entrar á Strehley.

Se había vuelto á poner muy encarnado. Fué á una mesa, llenó una copa de agua, se la bebió, y, al ruido de la puerta, se volvió: el guarda estaba

delante de él. Lo miró sombrío, amenazador, rencoroso, sin una palabra, observando su rostro cazurro, sus ojos que no miraban de frente, el embarazo insolente de su actitud; luego, bruscamente, cogiendo el anónimo, avanzó, se lo puso delante de los ojos con su puño tembloroso, y dijo:

—¿Es usted quien ha escrito esto, tunante?

El guarda, con audacia, cogió la carta y la leyó; después, doblándola y poniéndola sobre la chimenea, dijo:

—No, señor conde, no he sido yo; pero el que ha dado esas noticias sabe lo que se dice...

—¿De modo que usted las confirma?—exclamó Nuño con furor.

—Si el señor conde no quiere,—dijo el guarda con una sonrisa insultante,—me da lo mismo.

—¡Quiero que me diga usted la verdad, miserable!

—¿Y que adelantaré con eso? Antes de que hable, el señor conde me llena de injurias...

Selim se pasó la mano por la frente, empapada en sudor; lanzó un suspiro que parecía un rugido, y, sentándose para recobrar un poco de dignidad, exclamó:

—Le pagaré á usted: hágame conocer lo que quiero saber...

—No tengo necesidad de que se me pague para eso; pero pido al señor conde que me guarde el secreto...

—Sí, sí, vamos...

—Pues bien, señor conde, es cierto que desde hace algún tiempo, principalmente los días en que

el señor conde va á París, el Sr. de Brucken y la Sra. del Peral se dan citas en el pabellón de la gran arboleda.

—¿Los ha visto usted?

—Algunas veces.

—¿Cuánto tiempo han estado allí?—preguntó Nuño con voz alterada.

—No podría decirlo: no he esperado su salida.

—¡Brucken y la condesa!—murmuró Selim.

—Sí, señor conde,—afirmó el guarda.—Después de todo, no será más que para hablar.

El banquero le echó una mirada tan feroz, que Strehley no añadió una palabra.

Sobre los dos hombres flotó un profundo silencio. Al fin Nuño, levantándose, dijo:

—Strehley, si me ha engañado usted, le castigaré de una manera ejemplar: le perseguiré, le perderé. Pero si me da usted los medios de comprobar lo que acaba de decirme, tendrá pruebas de mi generosidad...

—Es cosa muy fácil, y yo respondo de hacer coger á la señora...

—¡Nada de nombres!...—interrumpió brutalmente Nuño, sintiendo repugnancia de oir el nombre de la que amaba pronunciado por aquel tunante.

—Que el señor conde diga, mañana por la mañana, que va á París, y que á mitad del camino de la estación, en el puente Azul, por ejemplo, se baje: se puede apostar cualquier cosa á que los pájaros estarán en el nido... Yo iré á buscar al señor conde, y lo llevaré...

—Sea. Pero si me ha engañado usted...

—Yo no respondo de los caprichos de las gentes,—dijo audazmente el guarda,—y si no es esta vez, será la siguiente... Pero hay grandes probabilidades... ¡No desperdician los días de libertad!

—Hasta mañana, pues; tendrá usted mis órdenes.

El guarda saludó, y salió.

Nuño, sin volver al salón, subió á su cuarto. Le era insoportable la idea de encontrarse frente á frente de Manuela y de Huberto. Comenzó á dar paseos, sin pensar en acostarse. Ciertamente que había sido engañado muy á menudo en su vida amorosa; pero nunca había sentido tal rabia en el corazón. En otro tiempo, mostraba mucha filosofía con las mujerzuelas que pagaba. Se explicaba que, por su aspecto, su cara, su voz, su edad y su fortuna, no era posible que no le hicieran traición. Hasta afectaba una especie de indiferencia altanera, de cinismo superior. Decía á sus queridas:

—No me engañes más que con amigos míos, para que tenga el gusto de encontrarlos en tu casa. Y sobre todo, no pienses en tomar dinero de tus amantes de corazón. ¡Yo pago bastante bien por todo el mundo!

Pero á aquellas mujeres, ¿las había amado? Las escogía como convenía á un hombre en su situación, muy bellas, muy costosas, muy brillantes. Formaban parte de su tren, concurrían á la exhibición de su lujo, servían de reclamo para su banca, como su cuadra de carreras, sus cacerías y sus trenes. Le divertían, lo ocupaban, lo descansaban de los cuidados de sus negocios.

Las conservaba algún tiempo, luego las abandonaba.

Dspués de una, otra; y esto era todo.

¡Pero Manuela!... Manuela se había apoderado de su corazón, y lo tenía bien cogido.

Su belleza, su juventud, su talento, su gracia, el encanto incomparable que de ella emanaba, habían embriagado poco á poco á Nuño como con un veneno necesario é imperioso, y ahora, intoxicado, ya no podía pasarse sin él. A la idea de que aquella adorable criatura se entregaba á otro, que se hacía coqueta, riente caprichosa, tiránica y dulce para otro hombre que no era él, se le oprimía el corazón, se irrataban sus nervios, enloquecía su cerebro tan dolorosamente, que no sabía ya lo que debía creer, esperar, temer y resolver.

Sentóse delante de la chimenea, en la que ardía un hermoso fuego, y con mortal tristeza, viendo perdido el porvenir, destruída su felicidad, lloró amargamente. Era tan desgraciado, le parecía tan horrible su soledad, que estuvo á punto de ir á buscar á su hija para contar su pena á alguien y no estar allí recomiéndose el corazón en el silencio y el aislamiento.

Pero, ¿cómo confesar tales infamias á Ester, y, sobre todo, cómo darle, hasta este punto, apoyo contra él mismo? ¿No había previsto ella lo que sucedía? ¿Y no era aquello la confirmación de sus repugnacias, la explicación de su hostilidad? No habría tenido que discurrir largamente con ella; á las primeras palabras lo habría comprendido. La joven no sabía nada, sin embargo, y sólo rechazaba á